

ta estos últimos tiempos, no se ocupa específicamente de las angustias económicas del pueblo, sino de los problemas emocionales del individuo, en tanto ser humano. No es muy larga la lista de nuestros escritores en este terreno, si bien lo que flaquea en cantidad lo gana en la riqueza de calidad. Efectivamente, contamos en ella a Edgard Allan Poe, figura de reputación universal, que estudió en su obra las agotadoras emociones personales de los hombres vencidos por la vida. Herman Melville, el autor de *Typee*, *Omoo* y *Moby Dick*, escritor en cuya obra está siempre presente el mensaje opresor del misterio y la amargura. Para los que lo han leído, *Moby Dick* será siempre una interpretación semi-mística del devenir, presentada en forma de realidades activas. Nathaniel Hawthorne, más que ninguno otro escritor norteamericano, realizó en la interpretación artística el altorrelieve del drama íntimo de un hombre o una mujer. Contemporáneamente a estos tres grandes novelistas advino Thoreau, penetrado por la injusticia de la naturaleza, de la sociedad y de los hombres. Los catorce volúmenes de *Notas* que dejó testimonian la gran simpatía que para la atormentada humanidad tuvo su genio de escritor. Para terminar rápidamente esta lista mencionaré únicamente los nombres de Howells, Mark Twain, Henry James y Walt Whitman. Ellos supieron comprender al hombre, simpatizaron con su causa. Pero, hecho evidentemente nuevo, a despecho de su simpatía y compasión hacia el hombre, en cuanto individuo, tuvieron ya la conciencia de que, hasta entonces, se había llevado demasiado lejos la moral y la represión religiosa (que caracterizan la vida norteamericana, hasta 1920, a pesar de que Norteamérica, en el fondo de su corazón, desde el día en que se alzó el primer establecimiento de Virginia, fué realista y verdaderamente inmoral en la acción); moral y represión llenas de crueldad, ya que aceptaban y encubrían, como algo natural y moral, la esclavitud, no solamente la de los negros importados de África, sino la de los blancos que, con el crecimiento del industrialismo en la Nueva Inglaterra, estaban siendo sometidos a la condición de esclavos de las máquinas. En realidad, se pretende frecuentemente —y yo pienso que es exacto— que la querrela por la esclavitud fué en parte una querrela entre industriales de la Nueva Inglaterra y del Norte y habitantes del Sur: los aristócratas de la Nueva Inglaterra comenzaban a temer que, gracias a los negros que trabajaban gratuitamente para ellos, los aristócratas del Sur los superasen en independencia e importancia. Esta suspicacia engendró una tirantez de relaciones a la cual no era en manera alguna extraño el precio del algodón. Esto es exacto, como decía, en parte, pero no hay que olvidar la oposición religiosa y sentimental a la esclavitud, que fué fervorosamente sentida y practicada por una gran parte de los norteamericanos. Oposición ésta que representa, en la querrela sobre la esclavitud, la reacción bondadosa del corazón humano y gracias a la cual es posible albergar la esperanza de unos Estados Unidos en los que no tenga cabida la explotación del hombre por el hombre.

Mas, a pesar de que el sentimiento antiesclavista estaba muy extendido por la Unión, fué necesaria una cruenta y costosa guerra civil para que se pudiera abolir la esclavitud, y a esta guerra siguió inmediatamente el desarrollo comercial más agresivo y realista que jamás haya contemplado el mundo. Todo el país pasó de la esclavitud negra a la esclavitud blan-

ca en el trabajo. De 1865 a 1896 se fundaron todas nuestras grandes compañías y nuestras corporaciones gigantescas. Simultáneamente surgieron los grandes movimientos de protesta social. Las compañías del petróleo, embalaje y acero, los trusts ferrocarrileros, sus bancos y sus abogados opusieron de tal manera al pueblo que se puede decir que son ellos los promotores de la lucha social. Sucesivamente se levantaron los populistas de Kansas, los obreros de los Pullman de Chicago; los arrendadores de California contra la Southern Pacific Railway.

Ante la voluntad omnímoda de las grandes organizaciones comerciales se doblegaron fácilmente nuestros Congresos, nuestra legislación estatal, nuestra Corte Suprema y nuestra prensa. En todas partes se comenzó a decir que la obra de las empresas comerciales era justa, que estamos en la Edad del Individuo, que cada norteamericano puede convertirse, de la noche a la mañana, por obra y gracia de su esfuerzo individual, en un Rockefeller, un Morgan, un Gould o un Vanderbilt. Y si bien la gran masa podía ser convencida, la parte más pensante del país sabía perfectamente que esas afirmaciones eran falsas, que se trataba de un plan gigantesco para engañar a todo un pueblo. Prueba de ello, prueba también de que ya entonces el individuo estaba muy abatido económicamente, es el hecho extraordinario de que, en las elecciones presidenciales de 1896, la candidatura demócrata para la Presidencia de la Unión fuera ganada por un abogado casi desconocido, William J. Bryan, con un solo discurso, conocido en nuestra historia con el nombre de "Cross of Gold"; más aún, de que la ganara con una sola frase de ese solo discurso. Esta frase es la siguiente: "Vosotros (dirigiéndose a las grandes organizaciones industriales y comerciales) no tenéis derecho de clavar en la frente del trabajo esta corona de espinas", es decir, que los procedimientos financieros y legislativos de nuestras grandes corporaciones habían conducido al ciudadano norteamericano a los salarios de hambre, a la pobre educación, a la "imposibilidad de llegar", y que ya era tiempo de que el pueblo estadounidense se diera cuenta de que todo esto era obra de los grandes financieros yanquis.

No he querido, en el párrafo anterior, hacer una disgresión económica, sino probar que, con el desarrollo económico de la nación surgió en Norteamérica la novela de protesta social. Efectivamente, de una manera casi repentina, aparece entre nosotros un nuevo tipo de escritor, que comprende en forma clara la relación estrecha que existe entre la miseria humana y las dificultades económicas de la masa. En *The Gilded Age* de Mark Twain encontramos ya al escritor que desenmascara al individualismo económico todopoderoso e inhumano de Norteamérica. En este sentido, Twain fué quizá el primero, bien que rápidamente siguieran su camino escritores como Stephen Crane quien, sin hacer resaltar de ma-

STECHERT-HAFNER, Inc.

Books and Periodicals

31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.

Con esta Agencia puede Ud. conseguir una suscripción al

Repertorio Americano

Agencia del

Repertorio Americano

en Londres

B. F. Stevens & Brown, Ltd.

New Ruskin House,

28-30 Little Russell Street, W. C. 1
London, England

Octavio Jiménez A.

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: 25 vaars al Oeste de la
Tesorería de la Junta de Protección
Social

TELEFONO 4184

APARTADO 338

nera específica el sistema económico, hace en *Maggie, una muchacha de la calle*, un acto de acusación social impresionante. Viene después *Main Travelled Roads*, de Halim Garland, amarga pintura de las desgracias de un arrendador norteamericano. Y luego, otros más, como H. B. Fuller con *The Procession*, William Allan White con *A certain Rich Man*, yo mismo con mi novela *Sister Carrie* y Upton Sinclair con *The Jungle*.

De una manera asaz significativa e interesante, estos libros marcan el fin de un período preliminar de protesta social y se producen en un período en que todo confluye a hacer creer en que los norteamericanos están resueltos a oponerse, con todas sus fuerzas, a cualquier cambio de moral social en lo concerniente a los derechos del individuo para tomar lo que pueda y guardarlo sin escrúpulo alguno. En efecto, un clamor reaccionario se eleva en la gran prensa, la expresadora de la voz de los ricos. Como si esto no fuera suficiente, el escritor insurgente se ve condenado a un verdadero ostracismo: sus editores lo rechazan, si tenía una posición social, ve alejarse de su lado a todos sus amigos. Procedimientos legales, campañas difamatorias, juzgamientos en los tribunales; nada se ahorró contra el autor de un libro de protesta contra el sistema social norteamericano, basado en el confort y riqueza de una minoría rodeada de la terrible miseria del pueblo de los Estados Unidos. Todavía en 1905 los grandes de Norteamérica ignoraban voluntariamente la existencia de los radicales. Como lo sabe todo el mundo, en 1885 se ahorcó, como si fuese un anarquista declarado, a un hombre a quien se acusó de haber arrojado una bomba en la ciudad de Chicago, y cuya responsabilidad nadie se preocupó de comprobar. Esta ejecución fué seguida de muchas otras, como el fusilamiento de H. C. Frick, obrero de la Carnegie Steel Works, de Pittsburg. Simultáneamente aparecieron grandes agitadores sociales como Eugene V. Debs, Emma Goldman y Johan Most y con ellos comenzó la guerra entre plutocracia y democracia. Se dieron a la publicidad libros de la clase de *El Capital*, de Marx, *Progress and Poverty*, de Henry George y *Looking Backwards* de Edward Bellamy, profusamente difundidos, apasionadamente discutidos, al mismo tiempo que los nuevos escritores lle-